se acercaba vertiginosamente a los últimos acordes. El tenor dio un paso hacia el público, extendió un brazo y respiró antes de la nota final. En ese momento una mosca, inconfundiblemente Adelaida, se le metió zumbando a la boca y lo ahogó.

El conde dio un salto. Alguien tocaba a la puerta. Era el posadero que venía a despertarlo al amanecer, como habían convenido.

—¡Ya voy!

Se vistió lentamente mientras empezaba a clarear afuera. Se palpó el costado derecho, sin novedad. Luego se acercó a la ventana y miró los pastizales que como una húmeda pizarra se extendían alrededor de las últimas casas. Un cierto nerviosismo recorrió su cuerpo. La luz lívida del amanecer los volvía inconcretos y demasiado próximos y parecían flotar junto al vidrio. Se quedó mirándolos fijamente, a medio vestir, entumido de frío, sin moverse. Se sintió invadido por la presencia multitudinaria de la hierba, el poder igualador de la hierba, los brazos infinitos de la hierba, el diluvio de la hierba. Le pareció que él era una piedra que resbalaba por ese declive sordo e impío. El declive cesó cuando una repentina contracción en el hígado le produjo una floración que le llenó de cobre la boca; tuvo que apoyarse en la pared y apretar los párpados y vio una eternidad intraspasable de hierba a su alrededor que lo cercaba y lo cubría. Supo que ese era su alvéolo exacto y definitivo. Una sola lágrima, exprimida desde quién sabe qué meandro de su ser, brotó, fría y dura. El doctor Patak abrió la puerta y el posadero a su lado explicó aquella irrupción con sus ademanes ceremoniosos:

—Puesto que su señoría tardaba, pensé que se sentía mal y fui a llamar al doctor.

A éste le bastó mirar la mucosa interna de sus párpados para aumentar la dosis de jarabe.

—Kolosvar queda muy lejos para este hígado.

Él, que se apretaba el flanco con una mano, no dijo nada.

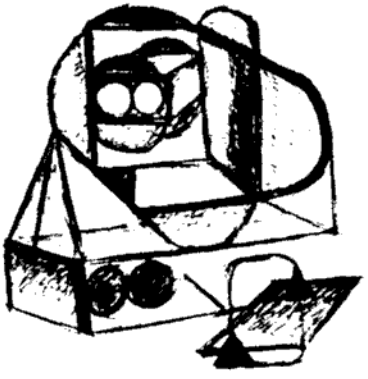
Cuando se repuso un poco, después de consumir el ligero desayuno que le preparó el posadero, lo llevaron a ver El Recodo Enmohecido Del Conducto De Desagüe De Los Lavaderos Públicos y, en la tarde, El Margen Carcomido De la Contratapa De la Biblia Del Señor Tusnesdor.

—Observe las rugosidades del cuero —dijo el alcalde de Koltz—, una muestra única en su género.

Y él, acercándose tímidamente, se extravió en aquel intrincado laberinto de nervaduras y estuvo recorriéndolas con un dedo como si siguiera en un mapa la ruta de algún viaje fantástico.

La vida (a)leve

Dante es, quizá, el mayor poeta de Occidente. No es posible medir el alcance de su influencia, y el número de sus traducciones es con seguridad incalculable. Sin embargo, la que nos ha enviado Juan Carvajal nos ha parecido notable y decidimos publicarla.



TANTO ES GENTIL...

Tanto es gentil y honesta y recatada
mi señora, al tiempo que saluda,
que la lengua, temblando, queda muda
y los ojos no atreven la mirada.

Ella se va sintiéndose alabada,
benignamente de humildad vestida,
y pareciera ser cosa venida
de cielo a tierra en milagro mostrada.

Muéstrase tan amable a quien la mira,
que por los ojos da un dulzor al seno
que entender no podrá quien no lo sienta;

y pareciera que en su labio alienta
un espíritu suave, de amor lleno,
que al alma va diciéndole: Suspira.

Dante Alighieri
Vita Nova, XXVI

Traducción de Juan Carvajal